

El genio que duerme

Ni una preocupación, ni un desmayo, ni un pesar, nada preocupaba mi espíritu; la luz de la alegría, de la tranquilidad y de la esperanza brillaba en mi frente con fulgores de vivo color, como las estrellas que iluminan por la noche el firmamento; solo, silencioso y rodeado de oscuridad no sé si soñaba o dormía en la visión de fantásticas imágenes, que en resumidas cuentas debían de ser el momento que separa la vigilia del sueño. Digo, porque me era posible escuchar el ritmo del reloj que con su monótono tic tac, rompía el silencio de la noche y mi corazón latía juntamente al compás de su acento.

Paróse de repente ¡Válgame Dios, que no sé si vivo! Arrimé la mano al corazón y gracias que todavía funcionaba. Más no me convenía del efecto de su funcionamiento y en un suspiro entrecortado quise probar mi aliento porque podía ocurrir que aun después de muerto latiera el corazón por la fuerza de la inercia.

No era el corazón el que se había paralizado; era el reloj de la mesilla, el que en un momento dado se calló por el agotamiento de cuerda. Nunca he observado pararse un reloj; tantas veces que habré tomado en las manos he visto en algunas de ellas parado y otras veces funcionando, pero nunca en el momento de su agonía. ¡Caso raro tiene que ser en verdad! Pero esta vez coincidió que estando oyendo sus latidos dejó de existir.

¡Pobre reloj! Tampoco es fácil llegar a la observación de la aparición y caída de la hoja; parece que todos los días encontramos igual las copas de los árboles y llega un día en que se nos presentan sombreadas de rica y abundante frondosidad; unos meses más y su ramaje se queda convertido en un triste esqueleto, sin que nadie se haya podido dar cuenta de su transformación.

El reloj en estas circunstancias no es el símbolo del árbol que pierde su frondosidad con maravilloso disimulo. En el reloj se advierte la transición, y por eso tiene más bien la figura de la muerte, y cuando la muerte sea repentina mayor es la impresión que produce en nuestra alma. Así paró mi reloj y por eso su tipo reproducía la escena de la muerte: su esfera, el semblante de un cadáver, sus manecillas, los ojos negros hundidos en la concavidad, y el cristal, la tapa transparente que cierra el féretro...

No pude resistir por más tiempo su cadavérica presencia y haciendo un esfuerzo supremo lo tomé en mis manos no sin temor y precaución y poco a poco le fui dando cuerda hasta que recobró la vida. ¡Oh maravilla! ¡Milagro milagro! exclamé en lo profundo del alma. Nunca pude creer que yo tuviera el poder de resucitar a los muertos; ni a mí mismo podía darme crédito al ver que podía dar vida a los objetos. ¡Poder inaudito de la mano del hombre! y pensar que yo puedo dar vida y movimiento a los prodigiosos aparatos que surcan los inmensos espacios del aire! ¡pensar que yo puedo sostener la estabilidad de los grandes buques que flotan en la superficie del mar! y pensar que está en mi mano el secreto de la telefonía, de la electricidad, de la astronomía, de la filosofía...

¿Y si tanto puede el talento del hombre, hasta donde llegará ¡oh Dios! el poder de tu omnipotente sabiduría?
¿No podrás tú crear el cielo y la tierra, las estrellas,

el firmamento, la mar, e infinidad de nuevos mundos que el cerebro humano no los podría imaginar?

¡Cuanta armonía de notas se ocultan en las cuerdas del arpa abandonada y «cubierta de polvo» por no hallar «una mano que sepa arrancarlas», como dice Becquer:

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa.

¡Cuanta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve,
que sabe arrancarlas!

¡Cuantos genios ocultos en el cerebro del hombre esperando a una voz que los despierte de su sueño y salgan a la luz de la vida encumbrados sobre el lírico cisne de la gloria y admiración:

«¡Ay pensé! cuantas veces el genio,
duerme en el fondo del alma,
y una voz como a Lázaro espera
que le diga: «¡Levántate y anda!»

¿Quién es el feliz que descubrió el genio divino de Dante, el que penetró en el fondo del talento de Santo Tomás, que elevó el concepto teológico remontándose como el águila a las remotas regiones de la sabiduría, el que despertó el genio de Bethoven, el de Edisson, el de Descartes, el iniciador de la tendencia crítica de la filosofía castesiana?

¿Quién es el que encendió la llama del talento del insigne polígrafo Eleizalde, del glorioso Etxegarai, que dotó al país de una brillante literatura de la historia contrarrestando campañas inicuas de algunos perversos propaladores que quisieron denigrar con sus pinceladas el mérito de nuestra honradez y las glorias de nuestras puras tradiciones; del inmortal Usandizaga que recogió en su portentosa inspiración el rico caudal de la música popular vasca e imprimió a sus obras el sello de una expresión esencialmente artística y vibrante de la raza.

Esconde la tierra en su seno tesoros y riquezas admirables que desconoce el hombre hasta que un hierro lacerante perfora su capa dura y penetra en el secreto de sus entrañas; contiene la calidad del agua seres invisibles, microbios que solo se pueden percibir con un sencillo aparato de biología; vagan a nuestro alrededor infinidad de notas, de sonidos de mil rumores extraños confundidos entre los átomos del aire y solo un aparato receptor es capaz de conseguir el fenómeno de poder ser escuchados por el oído humano.

Así mismo ha distribuido Dios en el cerebro del hombre el rico tesoro de su sabiduría infinita, y cuan poco se ha descubierto en la vida, cuantos nuevos fenómenos de la ciencia ocultos a la inteligencia humana con la cortina que cubre la efigie de Isis! ¡Cuanta nota dormida en la armonía maravillosa del mundo, cuanto genio sin aprovechar, cuanta sabiduría sin explorar esperando a una voz que como a Lázaro le diga: «¡Levántate y anda!»

¡La voz de la sabiduría Divina!

T. GARBIZU



NUESTRO FOTÓGRAFO

Se ha dicho hace mucho tiempo: «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué» o sea que no tiene el espejo la culpa de que uno sea más feo que Picio; análogamente, el mal fotógrafo procede por línea directa de una fotografía pésima.

Como los fotograbados que aparecen en esta revista, son, en general, irreprochables, habrá que reconocer como causa y antecedente el esmerado arte, la escrupulosa conciencia artística de nuestro amigo y colaborador D. Eugenio Figurski, fotógrafo de tan extendida reputación que de muchos kilómetros a la redonda vienen buenas gentes a retratarse en el establecimiento de D. Eugenio, como si se tratase, por ejemplo, de aguas milagrosas.

No es milagro el del amigo Figurski, sino método, perseverancia, buen instrumental, buenos reactivos, buen retoque, todo, en fin, lo que ha de atesorar una fotografía modelo. Que así es la de nuestro amigo, convecino y buen artista D. Eugenio Figurski.